

HISTORIAS DE LA MAR

TRAFALGAR, ¿POR QUÉ ACONTECIÓ?

José Luis TORRES FERNÁNDEZ



*En Lepanto la victoria y la
muerte en Trafalgar.*

(Del himno de la Armada).



CORRÍA el año de 1805 cuando en aguas del golfo de Cádiz y en las proximidades del cabo de Trafalgar, como es bien sabido, se libró el combate naval de Trafalgar entre la escuadra francoespañola, bajo el mando del almirante francés Villeneuve, y la escuadra británica, al mando del almirante Nelson, con la rotunda victoria de los británicos y la derrota de la escuadra aliada, en la que se prodigaron los actos heroicos, principalmente por parte de los españoles. La victoria británica tuvo un alto precio, en el que se destaca la



Combate de Trafalgar. Por Rafael Monleón. (Museo Naval. Madrid).

muerte del almirante Nelson. El resultado del combate naval de Trafalgar supuso el fin de la hegemonía en el mundo de España y el comienzo de su decadencia, y el origen de la hegemonía de Gran Bretaña, que duraría siglo y un tercio, cuando lo español había durado tres siglos. La otra perdedora, Francia, que lideraba la coalición, vio cómo su líder Napoleón no podía llevar a cabo sus planes de dominar a Gran Bretaña, ya que para ello necesitaba un dominio de la mar que nunca alcanzó.

Es copiosa la literatura y relatos que se han hecho y se siguen realizando sobre este hecho histórico, que va desde el mismo Benito Pérez Galdós hasta Cesáreo Fernández Duro, que con distintos estilos tratan y relatan lo acaecido en las inmediaciones del cabo de Trafalgar. Este mismo año de 2005 se destaca la cuidada y muy interesante edición de la REVISTA GENERAL DE MARINA, en su número correspondiente a los meses de agosto-septiembre, en la que numerosos y prestigiosos autores abordan el asunto de Trafalgar desde distintas perspectivas, que abundan y realzan la efeméride que trastocó el orden internacional existente entonces, dando origen a otro nuevo.

En este trabajo se pretende dar respuesta a la interrogante que se hace en el propio título que encabeza este artículo. Se trata de conocer, a la vista de lo acaecido con anterioridad al combate naval de Trafalgar, la senda que llevó a España a este dramático acontecimiento, y para ello tenemos que tratar, principalmente, el devenir de la política y la actuación de los que en aquel entonces eran los actores de la citada política. Para ello conviene, a mi criterio, comenzar, al menos, por el reinado del rey Carlos IV. Este rey sucedió a su padre Carlos III subiendo al trono de España a la edad de cuarenta años de edad. Estaba casado con su prima doña María Luisa de Parma, y ocupó el trono desde el año 1788 hasta 1808. Carlos IV asumía los cometidos de su alta

magistratura en pleno vigor físico, pero carente de la energía que demandaba su función real, y su carácter bondadoso, pero débil, le llevó al total sometimiento a la voluntad de su esposa, a quien creía dotada de un gran talento. A la reina la consideran sus estudiosos como frívola, autoritaria e ingeniosa, y que disponía a su capricho de la voluntad de su marido, cuya actividad habitual se reducía a la práctica de la cinegética.

Carlos IV hereda de su padre, juntamente con el trono, al ministro Floridablanca, radical y de ideas avanzadas, pero muy realista y totalmente enfrentado con los acontecimientos que más tarde se desarrollaron en Francia, en los que se llevó a cabo la ejecución, en la guillotina, del



Carlos IV. Anónimo, siglo XVIII, óleo sobre lienzo. Escuela española. (Museo Naval. Madrid).

rey Luis XVI y de su esposa. La postura de Floridablanca desde al principio de la Revolución Francesa en 1789 fue enérgica y decidida, exigiendo a Francia que permitiese la salida del rey, objetivo que no consiguió, siendo motivo de burla por parte de los revolucionarios.

La situación interior se le complicaba a Floridablanca, que incluso fue objeto de un atentado, estando la oposición encabezada por Aranda, a la que se agregó la propia reina y el mismo Godoy. Todas estas presiones dieron como resultado la dimisión de Floridablanca, siendo sustituido en el gobierno de España por el conde de Aranda, militar y diplomático de prestigio con buenas relaciones con los hombres fuertes de la Revolución Francesa, que dieron como resultado la normalización de las relaciones francoespañolas.

La situación en Francia se complicaba, y la detención del rey en Varennes provocó que Alemania, Suecia y Rusia instaran a España a acudir en auxilio de Luis XVI, por lo que se declaró la guerra a Francia. Esta acción bélica fue adversa para los aliados, y España retiró sus fuerzas, pactó con Francia y reconoció la naciente República francesa. Como consecuencia de lo anterior, es destituido el conde de Aranda y nombrado embajador en París, siendo sustituido por un personaje desconocido y ajeno a la política que se llamaba Manuel



Manuel Godoy, detalle de una obra de Goya.

Godoy, que sería figura clave de los antecedentes de Trafalgar, y del que damos unas pinceladas de su biografía.

Manuel Godoy, natural de Badajoz, de familia hidalga que procedía de Castuera, era apuesto, de ingenio vivo, con una ilustración ligera, y a los dieciocho años de edad se trasladó a Madrid para ingresar como Guardia de Corps. Muy poco más tarde comenzó a tener fortuna, al gozar del favoritismo y predilecta amistad de los entonces príncipes de Asturias, don Carlos y doña María Luisa, que lo colmaron de honores y títulos, como: comendador mayor de Santiago; ayudante de su compañía, sin prestar servicio de guardias; ayudante general; brigadier de los Reales Ejércitos; mariscal de campo; gentil-hombre; sargento mayor de la Guardia de Corps, así como de títulos nobiliarios, como du-

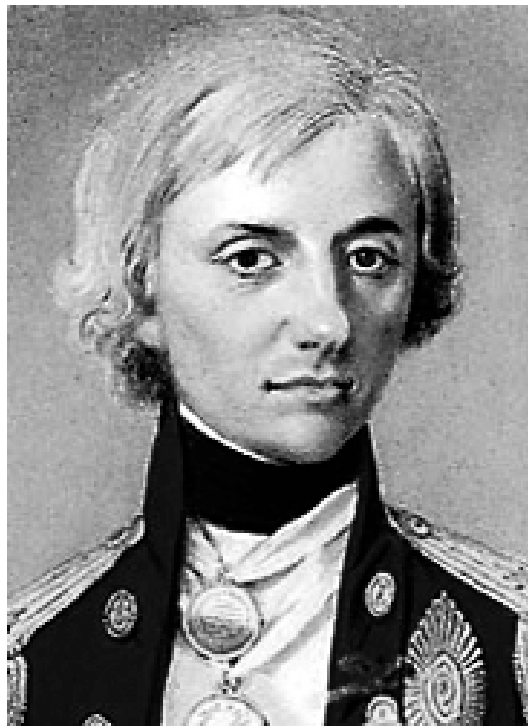
que de Alcudia, grande de España, toisón de oro y otros, y a los veinticinco años de edad era nombrado ministro para sustituir al conde de Aranda.

La situación en Francia y las exigencias del Gobierno revolucionario alcanzaron tal intensidad que la Convención declaró la guerra a España después de haber guillotinado a Luis XVI. En esta confrontación bélica se distinguió el general Ricardos y en la que el éxito acompañó a las fuerzas españolas que penetraron en territorio francés en los primeros momentos. Se da la circunstancia de que esta acción tuvo un gran apoyo popular, principalmente en Cataluña, que pensaban que ello significaría la reincorporación del Rosellón, perdido en virtud del Tratado de Paz de los Pirineos. Sin embargo, entre los entendidos, capitaneados por el conde de Aranda, anunciaban un cambio de los acontecimientos en contra de los intereses de España. Frente a esta postura se encontraba Godoy, que ganó esta partida, y el conde de Aranda fue desterrado. Desdichadamente los opositores de Godoy estaban en lo cierto y las tropas francesas invadieron España, tanto por Cataluña como por el occi-

dente de los Pirineos, ocupando Bilbao y San Sebastián. Ante esta situación se entablaron negociaciones con Francia, firmándose el Tratado de Paz de Basilea, por el que los franceses se retiraban a las anteriores fronteras, pero a cambio España cedía la mitad de la antigua isla La Española o de Santo Domingo. Con motivo de este evento se le concede a Godoy el título de Príncipe de la Paz, que aumentaba su extensa colección de títulos. En este Tratado la auténtica ganadora fue Francia que, además de lo de Santo Domingo, conseguía asegurarse la frontera de los Pirineos. Lo anterior, unido a que Godoy soñaba con una alianza con Francia, Prusia y una confederación de los estados italianos liderados por España todos contra Inglaterra, supuso el comienzo del camino, o mejor la navegación, que nos conduciría al desastre de Trafalgar, al obtener Francia la ayuda importante de la escuadra española que, en aquel entonces, disponía de sesenta buques de línea.

En Francia, la Convención es sustituida por un Directorio para regir los destinos franceses, que a cada momento coincidían más con los españoles; pero imponiéndose siempre los de Francia sobre los de España. En este juego de las relaciones entre los dos estados, tenían un papel primordial los embajadores, y si los de España en París no seguían dócilmente lo que Godoy señalaba, se les cambiaba, sin tener en cuenta las funestas consecuencias para España. En este clima se llega a la firma del Tratado de San Ildefonso, en el que se fija nítidamente la subordinación de la escuadra española a los dictámenes de París y, como un sarcasmo, se le otorga a Carlos IV el título de almirante de la Marina francesa. Esto sucede en el año 1796, un año después del Tratado de Basilea, dándose un paso más hacia el desastre de Trafalgar.

En octubre del mismo año de 1796 se declara la guerra a Gran Bretaña, y la escuadra española, al mando de Lángara, contribuye eficazmente a los triunfos que logra Napoleón en la campaña de Italia.



Horacio Nelson.

Con posterioridad, Francia proyecta y ejecuta una invasión de Irlanda con 40 velas y transportando 22.000 hombres, que fracasa rotundamente, a lo que se suma un temporal que ayuda a consumir la catástrofe.

Después de lo acordado, se producen una serie de encuentros entre navíos españoles y británicos de carácter limitado y con resultados inciertos o alternativos. En estos tiempos se producen, tanto por parte española como inglesa, unas variaciones en el despliegue de las fuerzas navales. La escuadra del almirante inglés John Jervis pasa del Mediterráneo a tener como base Lisboa. En dicho puerto recibe los refuerzos solicitados, y queda restablecida la capacidad ofensiva de su escuadra, pero además se le incorpora el comodoro Horacio Nelson con su fragata *Minerve*, que procedía del Mediterráneo y había detectado a la escuadra española de Córdoba, en el golfo de Cádiz, navegando desordenadamente en medio de un temporal con rumbo hacia San Vicente. La información proporcionada por Nelson era veraz y oportuna, al tiempo que reciente. Por parte española se dispuso el traslado de la escuadra del almirante José de Córdoba, desde Cartagena a Cádiz. Esta escuadra tenía una importante entidad, contando entre sus buques al *Santísima Trinidad*, el entonces mayor navío del mundo. Navegaban con la escuadra transportes, y al alcanzar el saco de Cádiz, en donde entraron los transportes, se desató un temporal que obligó a la escuadra a arrumbar a poniente con rumbo a San Vicente, que fue exactamente la información dada por Nelson a Jervis. Por parte española la información era escasa y no actualizada, ignorándose la presencia en el Atlántico del almirante Jervis con su eficaz escuadra, circunstancia que influyó negativamente en el inmediato, en el tiempo, y conocido combate de cabo San Vicente.

El 14 de febrero de 1797 al amanecer, con poca visibilidad debido a la niebla, motivó que el avistamiento fuese a corta distancia. La escuadra inglesa navegaba en formación adecuada y la española desperdigada, lo que le dio una ventaja grande a los primeros, que alcanzaron una clara victoria. Al amanecer del 15 de febrero, las escuadras permanecían a la vista pero los ingleses, viéndose ganadores y a la vista de la retirada de la escuadra española, se replegaron al puerto de Lagos en el sur de Portugal, y la escuadra española se dirigió a Cádiz. El general Córdoba fue sustituido por Mazarredo.

En esta acción naval se distinguió el comodoro Nelson por parte inglesa, poniéndose de manifiesto el perfecto adiestramiento de las dotaciones inglesas, así como la acertada y eficaz dirección del combate por parte de sus mandos en su decisión de acudir con rapidez al encuentro con el enemigo. Por la parte española, se señala la heroicidad de los mandos y dotaciones, ya que a pesar de su esfuerzo y valentía se vieron involucrados debido a las imprevisiones de Córdoba que, en su descargo, se dieron por la falta de información, en contraste con la exacta y al día de que disponía el almirante Jervis. En todo caso, la no observancia de las mínimas normas de seguridad en la mar en tiempo de guerra tienen un precio altísimo, como sucedió en el combate de

cabo San Vicente, una nefasta premonición de Trafalgar, ocho años más tarde.

Mazarredo tomó parte en la defensa de Cádiz atacada por Nelson, que tiempo después atacó Santa Cruz de Tenerife, en donde el propio Nelson sufrió la pérdida de un ojo. En Santa Cruz de Tenerife se conserva el cañón El Tigre, que se dice fue el causante de las heridas de Nelson.

Acontece en Francia el golpe del 18 Brumario de 1799, por el que Napoleón se convierte en primer cónsul, con importantes efectos nacionales e internacionales. Se designa a Luciano Bonaparte embajador en Madrid y, siguiendo los deseos de Napoleón y en contra de la posición del propio Carlos IV, se declara la guerra a Portugal, designando a Godoy generalísimo

de esta contienda, conocida como «Guerra de las naranjas», por el ramo de esta fruta que Godoy ofreció a la reina María Luisa. Se firmó la paz por la que la plaza de Olivenza pasó al dominio de España, y Portugal se comprometía a cerrar sus puertos a los ingleses. Con posterioridad, en 1802, se firma el Tratado de Amiens, por el que España recupera la isla de Menorca, en poder de Inglaterra desde el Tratado de Utrech; pero se pierde la isla de Trinidad, que constituye un apoyo primordial en la defensa del Caribe, mar que algunos historiadores denominaban como el *Mare Nostrum Hispanicus*.

Se produce en Gran Bretaña el nombramiento como primer ministro de William Pitt, de grandes éxitos y firmeza política para Inglaterra. Se reanuda la guerra entre Inglaterra y Francia, y se origina una gran presión diplomática en Madrid que concluye con la neutralidad de España, pero con una imposición de Francia que exige, y consigue, una especie de multa mensual por el incumplimiento del Tratado de San Ildefonso, que se comenta a continuación.

Con el encumbramiento de Napoleón a los más altos puestos del poder en Francia, se produce una situación de presiones sobre España, a la que se le acusa de no cumplir los compromisos a que le obligaba el Tratado de San



Federico Gravina, capitán general de la Armada.

Ildefonso, por lo que se le exige una aportación de dinero mensual, que el representante de España en París acepta de manera un tanto vergonzosa. Se destina al general de la Armada Federico Gravina como embajador en París. El ministro Pitt buscaba la neutralidad de España en su política con relación a Francia, al mismo tiempo que disponía el apresamiento de los buques españoles en el mar libre y dedicados al comercio con las posesiones españolas en América. En 1804 Napoleón se corona como emperador de los franceses y maneja hábilmente las relaciones con España, y encuentra en nuestro país verdaderos entusiastas de él, destacándose en este papel al ministro Godoy. Pitt, conocedor de la situación, endurece su política de apresamientos y de ataques a los buques de la Armada españoles, que tiene un eco popular antibritánico en España, que es muy bien aprovechado por Napoleón.

La situación moral y social en España era desastrosa, con una Hacienda empobrecida, la agricultura con pésimas cosechas e incluso con focos de peste. El panorama no podía ser más preocupante. Carlos IV era presionado por el propio Napoleón para que apoyase con sus fuerzas, principalmente las navales, a sus ambiciosos proyectos de invadir Gran Bretaña. España tenía en la Península tres escuadras, en Ferrol, Cádiz y Cartagena, y contaba con un montante de treinta buques de línea. Napoleón era consciente de no disponer de una fuerza naval para llevar a cabo su proyecto, y para eso tenía que contar con la escuadra española. La escuadra francesa estaba bloqueada en Brest por los ingleses, que igualmente lo hacían con la escuadra de Ferrol. Napoleón se afirmaba en su idea de invadir Gran Bretaña y al efecto concentró sus fuerzas del Ejército en Boulogne; pero era consciente de que no dominaba la mar, condición imprescindible para llevar a cabo la acción prevista. Era conocedor de la necesidad de contar con la escuadra española, que consigue y define un plan para lograr escabullir la reacción de la escuadra británica, en la que brillaba con luz propia el almirante Nelson.

El plan de Napoleón, en su aspecto marítimo, fue incorrectamente concebido y para ello se utilizaría la escuadra francesa del Mediterráneo, que con la española de Cádiz actuarían conjuntamente, esta última mandada por Gravina.

El emperador había tomado la decisión de invadir Gran Bretaña, y para ello se planteó la conveniencia de evitar la presencia de efectivos navales importantes de la escuadra inglesa en Europa, al tiempo que en el Caribe se presentaban fricciones entre franceses e ingleses, con la ocupación de islas de las Antillas menores por uno y otro bando que afectaba a la estabilidad de la zona. Conjuntando todos estos objetivos se ordenó a la escuadra combinada dirigirse al Caribe al mando del almirante francés Pedro Carlos Villeneuve, cuyas dotes para este importante cargo, nada fácil por otra parte, nunca estuvieron a la altura de las circunstancias, con cambios bruscos en sus decisiones que, por veces, sembraban el desconcierto. La estancia en el Caribe de la combinada se dilató en demasía, en parte por los plazos fijados por el propio emperador en espera de la incorporación de la escuadra del almirante Guillau-

me, que nunca aconteció. La posible decepción o engaño que en el Almirantazgo, y en el propio almirante Nelson, podría haber acontecido con esta presencia de la combinada en el Caribe, se vio comprometida seriamente al notificarse a Nápoles desde España los planes que se iban a tomar al respecto. Nelson estaba patrullando el sur de Cerdeña porque esperaba que la escuadra francesa, que había salido de Tolón, se dirigiera a Egipto, pero al recibir la citada información de Nápoles, comprobó que su tesis no era la buena. La larga estancia en el Caribe de la combinada supuso un desgaste del material y una fatiga de las dotaciones que en nada favorecieron a las importantes y decisivas acciones navales que en plazo de meses se iban a propiciar.

Por confidencias recibas por Nelson desde España, a través de Nápoles, conoce exactamente los planes de Villeneuve y bloquea los puertos de Cádiz, Ferrol y Brest. El almirante francés cae en el desconcierto y vuelve a Europa. Regreso que con posterioridad sería detectado por una fragata inglesa apostada en la ruta que estimaban los ingleses tomaría Villeneuve, como así sucedió. Esta información fue recibida por Nelson que reforzó los bloqueos y aumentó los efectivos del almirante inglés Calder, que mandaba la escuadra norteña.

Se pone de manifiesto que no se cumplió lo que se esperaba, engañar a Nelson, al tiempo que se había comprometido la totalidad de la fuerza cuando lo prudente hubiese sido no hacerlo, como veremos a continuación. En todo este tiempo se evidenció la no idoneidad para el mando de Villeneuve.

El 22 de junio de 1805, a la altura del cabo Finisterre, se produce el encuentro de la escuadra combinada al mando del almirante Villeneuve y la escuadra del almirante inglés Calder, que oportunamente había reforzado Nelson al prever lo que con posterioridad sucedió.

El combate de cabo Finisterre se desarrolló en medio de una espesa niebla que hizo que la acción se ventilase, prácticamente, buque contra buque. Sin embargo, la coordinación en la lucha permitió a los ingleses causar un mayor



El almirante francés Villeneuve.



Muerte del almirante Churruca a bordo del *San Juan Nepomuceno*.

número de bajas y el apresamiento de los navíos *San Rafael* y *Firme*, acción en la que los franceses rehusaron acudir para acometer su rescate. Verdaderamente, en esta jornada de combate no hubo vencedor, por lo que Gravina propuso a Villeneuve navegar en persecución de los que se alejaban, propuesta rechazada por el francés, que dispuso navegar en demanda de Cádiz.

En esta bahía de Cádiz, los franceses demandan de las autoridades españolas el abastecimiento de municiones, pólvora, efectos de cabullería, velamen, víveres, etc., en las cantidades que necesitaban, de lo que las autoridades españolas no disponían en los almacenes de la intendencia, ni existía la posibilidad de adquirirlos por falta de recursos económicos. Por parte española las necesidades eran similares, si bien en esta ocasión se añadía la reposición de los efectivos humanos, tanto para cubrir las bajas producidas por los combates, que eran muy importantes, como también para completar las dotaciones. Ninguna de las deficiencias fue atendida convenientemente y sin duda la de personal fue la más afectada. A todo esto se añadía la baja instrucción y adiestramiento de las dotaciones, que no se podían subsanar en tan corto espacio de tiempo.

En el aspecto estratégico-táctico el problema era enorme. Por una parte la postura española era totalmente opuesta a la francesa. Ésta estaba influenciada por las exigencias impuestas por Napoleón, que no tenía las ideas claras sobre los problemas de la mar, y por la opinión que de Villeneuve tenía el emperador, al que, según algunos autores le había tildado de cobarde. Esta situación aumentaba las indecisiones del almirante francés, evidenciadas a lo largo de los acontecimientos navales a los que hemos hecho alusión.

En este clima tenso y complicado, impropio para hacer frente a la situación que se le presentaba a Gravina, éste se traslada a Madrid y tiene una entrevista con el Príncipe de la Paz, de la que no obtiene ningún resultado que por lo menos paliase la situación. El mayor general Escaño le escribe al ministro Godoy sin ninguna consecuencia.

En esta situación, Gravina se reúne con los mandos de la escuadra española, constatándose la inoperancia y desconcierto de Godoy, únicamente volcado a atender a Napoleón en sus pretensiones belicistas contra Gran Bretaña. En esta reunión convocada por Gravina fue unánime la postura de permanecer en Cádiz y evitar la catástrofe que desgraciadamente tuvo lugar. Es de destacar la intervención del brigadier Cosme Damián Churruca, en la que analizó las distintas líneas de acción que podrían tomarse, con sus ventajas y sus inconvenientes. En la correspondiente a permanecer en Cádiz, resaltaba el desgaste y pérdida de efectivos que para Gran Bretaña supondría el mantenimiento de los bloqueos de Cádiz, Cartagena y Tolón, máxime teniendo en cuenta las condiciones meteorológicas de cara al duro otoño que se avecinaba, y sobre todo al invierno. Vaticinó que las pérdidas que esta situación produciría y el cansancio de las dotaciones serían superiores a las obtenidas en un combate en el caso que nos fuese favorable.

Al fin se logró que Villeneuve dispusiese la reunión de un consejo de guerra a bordo de navío francés *Bucentauro*, bajo la presidencia del propio almirante Villeneuve como presidente. Asistieron por parte de la escuadra francesa el contralmirante Dumonoire, el contralmirante Magon y los capitanes de navío Cosmao, Mastral, Villegris y Prigny, y por parte de la escuadra española, los tenientes generales Gravina y Álava, los jefes de escuadra Escaño e Hidalgo de Cisneros y los brigadieres Alcalá Galiano y Churruca. En este consejo el portavoz de la escuadra española fue Antonio de Escaño, que hizo una brillante exposición, recalando la comparación de fuerzas, que era favorable a los británicos, y resaltando que en la escuadra española no estaban cubiertas las plantillas. Se decidió por votación, que salió negativa. A pesar de lo anterior, y ante la cólera que contra Villeneuve tenía el emperador, que decide sustituirlo y designa para ello al almirante Rosilly, que se pone en camino hacia Cádiz para, de acuerdo con la orden imperial, tomar el mando de la escuadra combinada francoespañola, el almirante Villeneuve, enterado de ello, decide de inmediato salir a la mar contra toda resolución tomada en consejo y ante la más mínima noción de la situación. La sorpresa de Villeneu-

ve fue máxima cuando comprobó que la escuadra española obedecía la orden de salir a la mar.

Asistimos así a los cambios en la decisión de Villeneuve, ordenándose la salida a la mar el 19 de octubre de 1805. Influyó, como se ha comentado, la actitud del emperador hacia el almirante Villeneuve, quien por este motivo y otros tiene su moral bajo mínimos. Entre los calificativos que algunos historiadores y estudiosos de estos acontecimientos señalan figura el tildarlo de cobarde, lo cual marca al que recibe tal epíteto, y que sería conveniente matizar. Lo cierto es que las cosas se pusieron muy difíciles para el almirante Villeneuve, y que fueron nefastas para la fuerza que mandaba.

Ante la salida apresurada, Gravina había mostrado su parecer en contra del criterio de Villeneuve que mantenía la idea de formar una única columna o línea para combatir, ya que nuestro almirante era partidario de disponer de una reserva para, procediendo desde barlovento, actuar sobre el enemigo enfrascado en el combate. Villeneuve, al fin accedió en parte a la propuesta de Gravina.

La escuadra española iba al mando del teniente general duque de Gravina, al que los historiadores atribuyen una exquisita caballerosidad, enérgico, y cortés, y una cuidada y gran competencia para el mando naval, que en repetidas ocasiones puso en evidencia. Le acompañaba el teniente general Ignacio de Álava; se decía de él que era mucho más exigente consigo mismo que con sus subordinados, a los que mandaba con la energía que requerían las circunstancias. Con posterioridad fue caballero laureado de San Fernando. El general Antonio de Escaño como jefe del Estado Mayor de Gravina y el también general Hidalgo de Cisneros. Entre los mandos de buque señalamos a Alcalá Galiano y Cosme Damián Churruga, de gran prestigio y marcada personalidad, de mar y guerra. En la escuadra francesa al mando del almirante Villeneuve, que también ostentaba el mando de la escuadra combinada franco-española, figuraban, entre otros, los asistentes al consejo de guerra celebrado en Cádiz, al que ya se ha hecho referencia anteriormente. Sobre el ánimo de todos pesaba como una losa, y abrumaba, el ánimo del almirante Villeneuve, que le condicionó de manera negativa y que tanto influyó en el fatal desenlace que, inexorablemente, iba a producirse. Por la parte de la escuadra británica los ánimos y el ambiente favorable eran notorios, así como la confianza en sí mismos y en sus mandos. Mandaba la escuadra el almirante Collingwood, pero el Almirantazgo creyó conveniente otorgar el mando de la escuadra al almirante Nelson que en aquel entonces se encontraba en Londres.

Como se señaló anteriormente, la salida de Cádiz de la combinada se efectuó el 19 de octubre, adoptándose una formación en columnas, en principio nada adecuada para las circunstancias en las que el encuentro con el enemigo era posible y probable. El día 20 se producen los primeros avistamientos de fragatas británicas que actuaban con el cometido de realizar la descubierta e informar al almirante. A la vista de la situación, la combinada adopta la línea

de combate y en estas condiciones se llega al amanecer del día 21 de octubre del 1805, que tantas y tan graves consecuencias tuvo para los intereses de España en general y en particular para la Armada española.

No es el motivo de este trabajo detallar las acciones que tuvieron lugar en esta batalla naval, que por otra parte no existió en puridad tal combate, ya que el objeto de este trabajo es analizar los motivos y circunstancias que nos llevaron a tan lamentable evento. La REVISTA GENERAL DE MARINA, ya se ha dicho, ha publicado una edición, la correspondiente al mes de agosto-septiembre de 2005, con dedicación exclusiva a Trafalgar, que trata este evento desde diferentes perspectivas, con firmas de reconocido prestigio y que, a mi entender, es una interesante y elegante aportación a este acontecimiento, y que con ello se suma a los muchos aciertos de nuestra REVISTA, que a todos nos satisface.

Anteriormente se indicó la formación en cinco columnas, en las que de norte a sur, con sus buques, estaban Gravina, Magon, Álava, Villaneuve y Dumanoir. La escuadra inglesa en cuña, una la del almirante Collingwood a bordo del *Royal Sovereign*, la otra al mando del almirante Nelson a bordo del *Victory*. Adoptada la línea la escuadra aliada y en plena maniobra poco afortunada, la formación en cuña inglesa rompe la línea aliada y se generaliza una lucha individual de los buques aliados contra una superioridad táctica de los buques británicos, más ligeros, de más andar y con dotaciones bien adiestradas, y a los que les sonreía la victoria. Al romperse la línea aliada, el almirante Nelson es herido gravemente y fallece a bordo del *Victory*. La actuación de los buques españoles alcanzó, por veces, el heroísmo. La escuadra de Dumanoir permaneció sin entablar combate y los resultados no pudieron ser más desastrosos para los aliados. Alcalá Galiano, Churruca, Valdés, Alsedo y otros muchos, cayeron en el combate, mientras que Gravina, Pareja y Argumosa eran heridos. Gravina falleció a los pocos días. Los franceses, como Magon, murieron con honor, y Villeneuve, hecho prisionero, al ser liberado falleció en Francia en extrañas circunstancias camino de París. A todo esto hay que añadir los buques hundidos, entre ellos el *Santísima Trinidad*, entonces el navío más grande, del mundo, con 140 cañones.

En esta penosa jornada del 21 de octubre del 1805 se pronuncian frases de los mandos combatientes que arengaban a sus dotaciones para exaltarlas moralmente. De ellas, la más famosa es la de Nelson: «Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber»; su difusión se debe a su profundo contenido y a la belleza del mismo, pero también a que se da la circunstancia de que fue el vencedor inapelable. Por parte española, las pronunciadas por Cosme Damián Churruca que dicen: «En nombre del Dios de los Ejércitos prometo la dicha eterna a los que mueran cumpliendo con su deber». Las de Cayetano Valdés, que iba en vanguardia con el almirante Dumanoir y que al inquerirle éste a dónde se dirigía con su navío, la contestación fue: «Al fuego». La de Alsedo, que reza así: «He dicho que orcen, que quiero acercarme a ese navío de tres puentes, abordarlo y batirme con él a quemarropa». (Esta frase figuraba

grabada en bronce en el destructor *Alsedo* que, en la década de los cincuenta, figuraba en la flotilla afecta a la Escuela Naval y ostentaba su mando el entonces capitán de corbeta Martínez-Valverde (q. e. p. d.), al que recordamos con respeto y afecto, así como sus interesantes colaboraciones en esta REVISTA).

Se ha efectuado un ligero recorrido de la historia de España, correspondiente al reinado de Carlos IV desde su comienzo en 1788 hasta el combate del cabo Trafalgar en 1805, un periodo de 17 años preñados de acontecimientos muy negativos para la Historia de España y que constituyen, por una parte, un auténtico *introito* del acto final de la hegemonía de España en el mundo, que comenzó con la unificación de los reinos de España, con la conquista de Granada y anexión de Navarra; por otro lado, el comienzo de un convulso y triste siglo XIX, cuyos ramalazos todavía alcanzan al actual siglo XXI.

Como resumen de lo expuesto y comenzando por el ya tristemente mencionado combate de Trafalgar, es notoria la pésima conducción que se hizo por parte de la escuadra combinada al mando del almirante francés Villeneuve, que forzó la salida de Cádiz, no como resultado de un proceso de la decisión serio y ponderado, sino como consecuencia de un auténtico espasmo, fruto de su propia situación emocional de auténtico terror al emperador, y como una auténtica huida hacia delante, en ese caso directamente hacia el desastre. Si estas circunstancias, nada deseables, no hubieran tenido lugar, lo que sería lógico, no hubiese ocurrido el desastre de Trafalgar. Pero es que, a su vez, se llega a esta deplorable situación de comprometer a España, con su alianza «contra natura» con la Francia revolucionaria y regicida, por la existencia, entre otras, de una figura llamada Manuel Godoy, extremeño, que se traslada a Madrid y de Guardia de Corps alcanza los más altos cargos, tanto en la milicia como en la política, constituyéndose en el auténtico dueño de los destinos de España, que siempre puso al servicio de sus intereses personales, contando con el apoyo y protección del rey Carlos IV y de su esposa la reina María Luisa de Parma.

Las relaciones de España con la Francia de la Convención, del Directorio y con Napoleón, que se autonombró primer cónsul y posteriormente emperador, son las relaciones de Godoy, cuajadas de aspectos indignos y de total sumisión al francés, hasta llegar a solicitar del propio Napoleón una dama de su familia para contraer matrimonio.

En agosto de 1796 se firma, como ya se ha aludido anteriormente, el funesto pacto de San Ildefonso, mal llamado pacto de familia, por el cual España se obliga a prestar toda clase de ayuda a Francia, principalmente con el concurso de la entonces importante fuerza naval española, que para España significaba la peligrosa enemistad de Gran Bretaña, poniéndose en grave riesgo los territorios españoles de América y las vitales comunicaciones marítimas con estas tierras, hechos que posteriormente sufrimos. Se llegó al sarcasmo de ser multada España con una importante mensualidad de dinero que se entregó a Francia, por el incumplimiento de algunas de las cláusulas del citado pacto.

Seguimos fielmente las exigencias de Napoleón, principalmente en su estrategia de invadir Gran Bretaña, para lo que tenía dispuesto un gran e importante ejército. Para ello esperaba la ocasión de obtener el dominio, aunque fuese temporal, del canal de la Mancha, circunstancia que nunca sucedió, especialmente por la eficaz actuación de la fuerza naval británica, de la audacia y pericia de sus mandos y de la capacidad y adiestramiento de sus dotaciones.

Un factor decisivo para cuajar la superioridad inglesa sobre la combinada francoespañola fue la facilidad con la que obtenían información del enemigo los almirantes ingleses, manejando a sus rápidas fragatas que realizaban continuos y constantes cometidos de descubierta, y la facilidad que demostraron en hacer llegar la información, y por supuesto los avistamientos, a sus almirantes y al propio Almirantazgo. Este eficaz y necesario despliegue, tan rentable para los británicos, fue prácticamente inexistente por el bando aliado, y así lo demuestra la formación adoptada por Villeneuve a la salida de Cádiz, dispositivo de marcha absolutamente impropio para una zona de posible y probable encuentro con el enemigo. Con estos procedimientos, faltos de todo sano criterio, las consecuencias habidas son fatalmente lógicas. Por las actuaciones individuales de los mandos y hombres de la Armada quedó a salvo algo muy importante: el Honor.

Como conclusiones y consecuencias tenemos:

- Que las conductas individuales de los que tienen responsabilidades de Estado nunca son privadas y siempre tienen repercusiones que afectan a la colectividad y a la propia nación. Los cargos públicos no son materia para hacer favores, los han de desempeñar los más idóneos, idoneidad que siempre se ha de demostrar.
- La consecuencia mayor de la victoria británica en el combate de Trafalgar es que proporcionó a Gran Bretaña la supremacía universal, asentada, principalmente, en su fuerza naval, y en la que el espíritu talasocrático del pueblo británico, sin duda, le proporcionó la savia vivificadora y nutriente que rezuman Gran Bretaña y sus habitantes, y que les hace muy conscientes de la importancia que la mar tiene en el acontecer de los pueblos. Esta prepotencia de Gran Bretaña permaneció hasta la mitad del siglo XX, en que fue alcanzada por los Estados Unidos de Norteamérica.
- Para Francia, esta derrota en Trafalgar marcó un punto de inflexión al no poder instalarse como única y dominante potencia europea, al ver frustrada su intención de invadir Gran Bretaña, al negársele el dominio del mar en el canal de la Mancha, aunque sólo fuese temporalmente. Con todo ello, la estrella del emperador y su sistema comenzaron a oscurecerse y se presagiaba su ocaso.
- Sin duda la más perjudicada fue nuestra querida España. Desapareció como potencia mundial y europeo, al quedar sus escuadras muy dismi-

HISTORIAS DE LA MAR

nuidas y deterioradas, con un abandono del afán de recuperarse. Lo anterior supuso la renuncia, casi total, de la facultad de asegurar y proteger las vitales comunicaciones con el mundo hispánico, tanto en América como en el Extremo Oriente, así como la introducción en España y en América de las ideas fomentadas por sociedades secretas que preconizaban la separación de aquellos territorios de España, ideas introducidas en España por Francia y muy concretamente por Napoleón. Lo anterior igualmente contribuyó a la descomposición interior con levantamientos militares, que coadyuvaron a la penosa realidad vivida. La revuelta en América, que comenzó en Venezuela, se extendió por aquellos territorios por el efecto dominó, quedando Cuba, Puerto Rico y Filipinas, que culminaron su separación al final del siglo XIX. Así fue el orto y el ocaso del Mundo Hispánico, que duró tres siglos. Este Mundo Español conseguido por esforzados, valientes e intrépidos hombres, que supieron seguir por el azul del mar el caminar del sol.

Como sincero homenaje a todos ellos, les dedicamos la letra y el espíritu del epitafio del Panteón de Marinos Ilustres.

*Omnes isti
in generationibus
gentis suae gloriam,
adepti sunt et,
in diebus sui habentur in laudibus.*

(«Todos éstos merecieron la gloria de las generaciones que los conocieron y su recuerdo perdura para ser alabados»).

